

Epístola a los neojeronimenses

Sergio Viaggio

Intérprete de la Oficina de las Naciones Unidas en Viena (Austria).

Pichones:

Voy primero con el baldazo de agua fría.

Les va a tocar un combate desparejo en dos frentes. Para afuera, en un mercado propenso a la saturación, contra clientes que no distinguen una traducción mala de una mediocre (para no hablar de una buena), dispuestos a gastarse diez veces más en la encuadernación de un folleto que en su traducción, y contra el magma de advenedizos, merodeadores, improvisados y demás charlatanes que, con título o sin él, no vacilan en bajarse los calzones por dos mangos. Para adentro, con una insuficiente profesionalización de la profesión, que todavía se enseña más que un poco, y se practica más que un mucho, a la buena —es un decir— de Dios en todo el mundo, sobre todo en el tercero.

No los conozco, pero apuesto a que salen a esta lid mal armados, con una formación deficiente que les deja una coraza teórica de latón mellada y llena de agujeros, con una endeblez de criterio que se paga con angustia y, sobre todo, con tiempo resolviendo a duras penas problemas que no son tales y desatendiendo los que sí lo son con un español romo por espada y el escudo remendado del segundo idioma.

No es culpa individual de sus profes, ni tampoco de sus escuelas. La profesión acaba de empezar (la profesión, no la práctica productiva), la disciplina es más joven todavía, y la didáctica está en pañales. La endeblez teórica es todavía endémica, la literatura carísima y en gran medida más inútil que cenicero de moto. Es un síntoma más del síndrome de la profesionalización insuficiente. Como lo es el colador de los conocimientos teóricos y prácticos de las lenguas de trabajo y la rusticidad de su manejo. Les va a tocar —como nos ha tocado a nosotros— emparchar los huecos y transformar la choza en mansión. Leer mucho y con ojo avizor, para aprender de los que dicen bien. Destetarse de la ubre reseca del diccionario y traducir con la cabeza. Comprender críticamente, escribir para que se entienda.

Y, para comprender a fondo y escribir que se entienda, hay que aprenderse los idiomas al dedillo. Tener a mano la vasta panoplia de recursos como los tiene en abanico tras de sí el electricista, que, sin mirar, echa mano justito justito al destornillador que necesita. Pero no basta. En lo nuestro, la enciclopedia es más importante que el diccionario. Suelo repetir que el especialista es el que sabe todo de un poco, el charlatán, el que sabe un poco de todo, y el traductor o intérprete, el que no tiene más remedio que saber mucho de mucho. Vivan sumergidos en el mundo, aunque solo puedan ver los corales y los tiburones desde el ventanuco solitario de la pantalla.

Los gerontes tampoco hemos nacido en cuna de oro. Nuestra formación específica (los que la tuvieron, porque yo nunca la tuve), fue infinitamente menos idónea; nuestros idiomas, desesperadamente más harapientos. Empezamos de mucho más abajo, con dos desventajas espeluznantes: sin computadoras y sin Google. Si nosotros pudimos, van a poder ustedes. Tal vez no todos (es ley), ni tan bien como quisieran (es ley), pero sí muchos y no tan mal (que también es ley).

De entrada, van a tener que agacharse, aceptar honorarios oprobiosos para traducir textos espeluznantes con plazos perentorios (es ley). Pero el secreto está en hacerlo con mucha mucha bronca, dispuestos a enderezar el espinazo cuanto antes. Para eso van a tener que reflexionar mucho acerca de qué es traducir y qué es una buena traducción **en este caso concreto, de este texto concreto, para este cliente concreto**. Comprender que **LA** traducción —la traducción ante el Altísimo— no existe, y que solo es buena la que sirve para lo que tiene que servir. Libre o sumisa, elegante o torpe, abigarrada de notas o reducida en un 30 %, en castellano de cartón o chamuyada con cancha. Esto ya no es ley. Ahí se va a ver, por fin, que ustedes han llegado a ser mejores que nosotros. Porque de eso se trata, y no de hacer como los pajaritos, que nunca aprenden de las tormentas y siempre fabrican el mismo nido de la misma manera.

Tiene que llegar —cuanto antes mejor para ustedes y para todos los demás— el día en que puedan mirar de frente al cliente intonso y explicarle de arriba (aunque con aire contrito, si hace falta) por qué la solución que ustedes han elegido es infinitamente mejor que la que él cree, en su inocencia, que el diccionario regala. El día que por fin comprendan con las tripas (más difícil que con la cabeza, pero la cabeza viene antes) que lo que dice el original, **en sí**, no importa un soberano pepino; que lo que importa es lo que, **sobre la base de eso que dice el original, conviene o corresponde decir para que el nuevo lector entienda lo que conviene o corresponde que entienda como conviene o corresponde que lo entienda**. Y que eso lo deciden ustedes, no a su arbitrio, sino a conciencia, en consulta —si se puede— con el cliente.

El día —cuanto antes mejor para ustedes y para todos nosotros— que no tengan miedo, que, por el contrario, les entusiasme ejercer su criterio (llamémoslo **libertad**, ¡qué carajo!) deontológicamente responsable, como hacen los médicos, los ingenieros y los plomeros; ese día, parafraseando a Kipling, serán traductores, hijos míos.

Los viejos hemos llegado hasta aquí, como pudimos y supimos. Ahora les toca a ustedes. ¡Mucha suerte!

Sergio

1 En octubre del 2010, Patricia Pradolín solicitó a varios traductores e intérpretes con amplia experiencia un mensaje —grabado o escrito— con el consejo que darían a los traductores recién egresados del Instituto n.º 8 Almirante Brown de Santa Fe (Argentina) en un momento trascendental de sus vidas: el comienzo inminente de su etapa laboral. Sergio Viaggio envió esta carta, que, en versión galleguizada por el propio autor, reproducimos ahora en *Panace@*.